

***In confinium duorum populorum.* Reflexiones sobre el tiempo en Petrarca**

Alejo Perino
UBA
aleperino@hotmail.com

Resumen: En uno de sus últimos libros, Jacques Le Goff (2016, 23) afirma que Petrarca fue el primero en emplear la expresión *media aetas*, utilizada en referencia a la Edad Media. A pesar de la inexactitud de tal afirmación, comprende ella dos cuestiones que pueden considerarse: la aparición de un término que designa un período histórico delimitado y la centralidad de la figura de Petrarca en el surgimiento de la idea de Edad Media, independientemente de su anclaje verbal. Con respecto al primer tema, se ha demostrado que no hay en Petrarca una terminología clara para hacer referencia al período histórico que tiene lugar entre los antiguos y su propio presente (McLaughlin, 1988) Aunque haya referencias anteriores, se suele señalar a Flavio Biondo como el primero en concebir un período histórico de mil años, entre el saqueo de Roma de 410 y los comienzos del *Quattrocento*. El segundo aspecto es más complejo y ya Eugenio Garin (1984) demostró, en contra de la postura de Ferguson, que la polémica en contra de “la edad oscura” se da en un contexto muy específico de conflictos de saberes con ciertas ramas de la Escolástica en boga en el Siglo XIV y puede pensarse como una reedición de las polémicas del siglo XII.

Sin embargo, consideramos que hay aspectos relacionados con la percepción del tiempo en la obra de Petrarca que escapan a la polémica con el occamismo británico y otras corrientes del escolasticismo. En el presente trabajo analizaremos dos pasajes muy citados pero poco estudiados sobre este motivo. En primer lugar aquel en el que el autor se lamenta por las obras perdidas de Plinio, el joven, en los *Rerum memorandarum libri* (*Mem*, I, 19), y se ubica a sí mismo *in confinium duorum populorum*. En segundo lugar, un pasaje de la *Collatio Laureationis* (*Coll*, 6) en el que el autor afirma que pasaron mil doscientos años sin que hubiera coronaciones de poetas en Roma. En ambos pasajes encontraremos construcciones bien diferentes de la relación pasado, presente y futuro, vinculadas con los distintos roles que asume el autor, como poeta y como humanista.

Palabras clave: Petrarca, Edad Media, Historia, Coronación

Introducción

En uno de sus últimos libros, Jacques Le Goff (2016, 23) afirma que Petrarca fue el primero en emplear la expresión *media aetas*, utilizada en referencia a la Edad Media. A pesar de la inexactitud de tal afirmación, comprende ella dos cuestiones que pueden considerarse: la aparición de un término que designa un período histórico delimitado y la centralidad de la figura de Petrarca en el surgimiento de la idea de Edad Media, independientemente de su anclaje verbal. Con respecto al primer tema, se ha demostrado que no hay en Petrarca una terminología clara para hacer referencia al período histórico que tiene lugar entre los antiguos y su propio presente (Baura García, 2013; Edelman, 1938; McLaughlin, 1988).

El segundo aspecto es más complejo y es preciso mencionar algunos antecedentes. La idea de Petrarca como inventor del concepto de Edad Media proviene fundamentalmente de dos trabajos de la década del 40 del pasado siglo, el de Theodor Mommsen y el libro de Wallace Ferguson (Mommsen, 1942; Ferguson, 2006).

Mommsen afirma que Petrarca estaba más interesado en la Roma pagana que en la Roma cristiana. Según el autor, al idealizar la Historia de Roma y negar la continuidad del Imperio bajo Carlomagno, Petrarca cuestiona la *translatio imperii*, y de esta manera se ubica como heredero directo de la Antigüedad. A diferencia de los historiadores medievales, que escriben historias universales, basadas en los esquemas que los Padres de la Iglesia conformaron, Petrarca no divide la Historia en cuatro o seis etapas, sino en dos: la Roma clásica y la etapa de oscuridad y barbarie que la sucedió. El trabajo de Ferguson es una continuación de estas tesis, integrada en una Historia de las representaciones de la Edad Media que llega hasta el siglo XX.

Sin embargo, Eugenio Garin (1984) demostró que la polémica en contra de “la edad oscura” se da en un contexto muy específico de conflictos de saberes con ciertas ramas de la Escolástica en boga en el Siglo XIV y puede pensarse como una reedición de las polémicas del siglo XII.¹ Una prueba de ello es que Petrarca no rechaza la lectura de autores de esa época. Se sabe que tenía en su biblioteca un volumen de las cartas de Abelardo (Par. Lat. 2923) y uno de Ricardo de Saint Victor (Par. Lat. 2589) (Nolhac, 1907). Además, cita a John de Salisbury, llamándolo Policratus, como era común en la época, y es probable que también conociera alguna obra de Bernardo Silvestre. A ello habría que agregar el lugar central que Petrarca y Boccaccio le dan a las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla. Estas razones nos conducen a considerar que Petrarca no concebía un período de tiempo determinado en el cual reinara la oscuridad y la ignorancia, sino que solamente cuestionaba a sus contemporáneos. Para Garin, en los principios de la polémica sobre la edad de las tinieblas, no hay conciencia histórica por parte de sus protagonistas de estar gestando una revolución. En pocas palabras, desde su punto de vista, hay una idea de

¹ Cesare Vasoli (2007) ha identificado esa rama con el occamismo de París y Oxford. Luego de la muerte de Ockham, en 1348 o 1349, la doctrina continuó creciendo. Figuras como Nicolás de Autrecourt, Jean Buridan, Marsilio de Inghen y Alberto de Sajonia fueron prominentes en la Universidad de París. En Oxford, Richard Swineshead, William Heytesbury, Ralph Strode y Richard Ferabrich escribieron sus exitosos manuales de lógica. Muchos de esos textos eran conocidos en Italia (45-49)

Edad Media para los humanistas, puesto que recuperan la distancia histórica con los antiguos, pero esa idea es difusa y no encuentra una única forma de manifestarse. Como veremos, en la obra de Petrarca se dan esas modulaciones.

Mil doscientos años sin coronaciones

El ocho de abril de 1341 Petrarca es coronado poeta en el capitolio de Roma. Tanto la fecha como el lugar fueron meticulosamente preparados por el poeta. Según el autor, un seis de abril nace su amor por Laura, un seis de abril fue creado Adán, y también un seis de abril fue el día en que pecó. Pero la lista de efemérides no termina allí, un día como ese Cristo fue crucificado, y otro día como ese de 1338, disfrutando de la soledad de Vaucluse, el poeta recibe la inspiración y concibe la idea de escribir su poema *Africa*. El seis de abril de 1341 Petrarca llega a Roma para ser coronado dos días después. Finalmente, un seis de abril de 1348 Laura muere, como queda registrado en el obituario que el poeta escribe en el Virgilio Ambrosiano (Dotti, 2001, 12-14). El lugar elegido tampoco es casual. Petrarca afirma que recibió dos invitaciones, una de París y otra de Roma, y que luego de consultarlo con el cardenal Giovanni Colonna, decidió hacerlo en Roma (*Fam*, IV, 4 y IV, 5) ¿Por qué hace esta elección? Escuchemos al propio protagonista:

En cuanto al primer punto, es decir el honor de la cosa pública, sufro cada vez que recuerdo que en esta ciudad de Roma, la “capital del mundo” como la llama Cicerón, en este mismo Capitolio en el cual hoy nos encontramos, tantos ilustres poetas, conducidos a la culminación de su magisterio, llevaban consigo una emérita corona de laurel. En verdad, esa costumbre no solo fue perdiendo continuidad, sino que desapareció de tal modo que se convirtió en un milagro. Durante mil doscientos años, desde que el ilustre poeta Estacio, que floreció en tiempos de Domiciano, lo recibiera, ningún otro poeta obtuvo este honor. Así, me impulsa la esperanza de renovar, si Dios quiere, en esta ya vieja República romana, la espléndida costumbre de sus jóvenes y florecientes años (Petrarca, 2012, 34).²

² Primum me pungit dum recolo quondam in hac eadem urbe Roma – «omnium arce terrarum», ut ait Cicero – in hoc ipso Capitolio Romano, ubi nunc insistimus, tot tantosque vates, ad culmen preclari magisterii provectoros, emeritam lauream reportasse; nunc vero morem illum non modo intermissum, sed obmissum tantum, sed in miraculum esse conuersum, et iam ultra mille ducentos annos obsolevisse, siquidem post Statium Pampineum, illustrem poetam, qui Domitiani temporibus floruit, nullum legimus tali honore decoratum. Tangor igitur ut, in iam diu senescente re publica Romanorum, renovem, si Deus annuerit, pulcherrimum morem sue floride iuventutis [...] La traducción en todos los casos es propia.

Con respecto al lugar, la fuente que utiliza Petrarca para afirmar que se realizaban celebraciones en el Capitolio en tiempos de Domiciano es Suetonio, que en *Dom*, IV, 4, comenta que se realizaban certámenes quinquenales en honor a Júpiter capitolino.

Esta autocelebración es quizás el aspecto que lleva a algunos medievalistas a relativizar el rol de Petrarca y también de los humanistas, a quienes un historiador como Jacques Heers llama “oráculos autoproclamados del buen gusto”(Heers, 1995, 67). Pero esta periodización basada en la coronación de poetas no es la única referencia del autor a los tiempos. Como afirma Garin, muchas de las periodizaciones históricas que hacen los humanistas se refieren a cosas diferentes y deben ser analizadas teniendo en cuenta esa complejidad.

El lamento a la posteridad por los libros perdidos

Entre 1343 y 1345 Petrarca trabaja en los *Rerum memorandarum libri (Mem)*, una obra histórica inspirada en Valerio Máximo. En el libro I, Petrarca incluye una digresión que constituye uno de los pasajes más elocuentes sobre su percepción del tiempo:

Pero tantos son los autores ilustres de la Antigüedad que voy recordando como las causas de vergüenza para la posteridad. Porque, como si no les bastase la infamia de la propia esterilidad, soportaron con intolerable negligencia que los frutos del ingenio de otros y los volúmenes de los antiguos, elaborados a costa de estudio y dedicación, perecieran, y mientras que no dejaban nada a las generaciones futuras, se han llevado consigo la herencia ancestral. La primera de las dos obras de Plinio que mencioné, en la cual, como se lee en Suetonio, trataba de todas las guerras que se emprendieron contra los romanos, desapareció de nuestra vista, y no sobrevive en ningún lugar, al menos que yo, que me he dedicado a investigar estas cosas con mucho ardor, haya escuchado. Pero no me he quejado aquí para debilitar la dedicación al estudio de los que vendrán, sino para desahogar mi dolor y reprochar el sopor y la indolencia a una edad que se ocupa con toda curiosidad de lo que no conviene y descuida las cosas honestas. En efecto, no encuentro entre los antiguos una queja similar a esta, porque no existía semejante pérdida. Si las cosas van como yo preveo, a nuestros nietos quizás no les llegará ninguna idea ni ninguna noticia. Así, para algunos, las cosas permanecerán intactas, para otros, ignoradas, y ni para unos ni para otros habrá motivo de lamentarse. Por eso yo, que no carezco de razón para sentir dolor ni busco consuelo en la ignorancia, me encuentro como en el límite entre dos pueblos, y pudiendo mirar hacia atrás y hacia adelante simultáneamente, quise ofrecer a la posteridad este lamento que no he recibido de los antiguos. Pero basta ya; el dolor, de hecho, suele ser locuaz (Petrarca, 2014,54)³

³ Sed quot preclaros vetustatis auctores, tot posteritatis pudores ac delicta commemoro; que, quasi non contenta proprie sterilitatis infamia, alieni fructus ingenii ac maiorum studiis vigiliisque elaboratos codices intolerabili

Hay muchos aspectos interesantes en el fragmento. Por un lado, Petrarca se ubica a sí mismo en un momento especial de la Historia que no se parece, según él, a ningún otro. Y eso sucede porque puede leer muchas cosas en los antiguos, excepto un lamento similar al suyo. Supone, entonces, que no había grandes pérdidas en la Antigüedad, hasta que llegó un tiempo en el que comenzó a reinar la ignorancia. No encontramos aquí de todos modos las precisiones que se observarán en la invectiva *De sui ipsius et multorum ignorantia*. No hay en este caso ni aristotélicos, ni averroístas, ni occamistas, ni ningún enemigo identificable. Un segundo aspecto a señalar es el lugar que ocupa este lamento en la obra. Se trata de una digresión en una obra de carácter enciclopédico que emula a Valerio Máximo. Ello supone que la carencia de información es un problema grave porque socava el lugar de enunciación que Petrarca construye para sí mismo como transmisor de noticias del pasado a la posteridad. El hecho de encontrarse entre dos pueblos es entonces, además de un reproche, un pedido de disculpas a la posteridad. Petrarca da cuenta de la falta de material para que la posteridad no lo juzgue a él, sino a sus contemporáneos.

El mal uso de los libros

Todos estos temas aparecen con mayor fuerza en uno de los últimos textos de Petrarca: la Inectiva *De sui ipsius et multorum ignorantia (Ign)*. Se trata del único texto del autor en donde los enemigos están identificados. Petrarca habla allí de cuatro amigos que lo visitan asiduamente.⁴ Estos amigos, interesados en la Medicina, la Filosofía natural y la

negligentia perire passa est, cumque nichil ex proprio venturis daret, avitam hereditatem abstulit. Primum nempe Plinii opus, in quo, ut est apud Tranquillum, omnia bella tractaverat «que cum Romanis unquam gesta sunt», ex oculis nostris evanuit, nec usquam superset quod ego quidem talium satis ardens explorator audierim. Hoc autem et quicquid in hanc sententiam questus sum non ad minuendum post nascituri populi stadium retuli, quin dolorem meum potius effundens et etati, curiosissime in quibus non oportet, rerum tamen honestarum prorsus incuriose, soporem ac torporem exprobans. Equidem apud maiores nostros nichil querimonie similis invenio, nimirum quia nichil similis iacture; cuius ad nepotes nostros, si ut auguror res eunt, forte nec sensus ullus nec notitia pervenisset; ita apud alios integra, apud alios ignorata omnia, apud neutros lamentandi materia. Ego itaque, cui nec dolendi ratio deest nec ignorantie solamen adest, velut in confinio duorum populorum constitutes ac simul ante retroque prospiciens, hanc non acceptam a patribus querelam ad posteros deferre volui. Sed hec hactenus, loquax enim esse solet dolor

⁴ Se trata del soldado Leonardo Dandolo, hijo del Dux de Venecia Andrea Dandolo, el mercader Tommaso Talenti, el noble Zaccaria Contarini y el físico Guido da Bagnolo. Aunque Petrarca no los menciona, conocemos sus nombres a partir de glosas publicadas ya en 1752 por Degli Agostini y en 1830 por Cicogna. Renan consideraba que estos amigos mencionados por Petrarca eran continuadores de Pietro d'Abano y por lo tanto representantes de un "averroísmo paduano" que había comenzado a principios del Trecento. Kristeller (1952) plantea que no tenían ninguna relación con Padua y que su aristotelismo, y no averroísmo, era de origen boloñés.

Astronomía de tradición aristotélica, acusan a Petrarca de ser un hombre ignorante (*illiteratus et ydiota*) pero bueno. Una de las críticas que realiza el autor a sus amigos es que concentran toda su energía en comentar una y otra vez la misma obra, como es el caso del *Libro de Sentencias* de Pedro Lombardo: “Nuestra edad en particular ofrece una multitud de personas que exponen los trabajos de otros ¿o debería decir que los arruinan? Si pudiera hablar, el *Libro de Sentencias* daría testimonio de esto en voz alta y quejumbrosa, ya que ha sido entregado a manos de mil trabajadores” (Petrarca, 2008, 322).⁵ El mismo reproche le cabe a Averroes, que en lugar de exponer sus ideas, se dedicó a comentar la obra de Aristóteles. Por eso, Petrarca le dedicará largas páginas de la invectiva a demostrar que su intención no es repetir la obra de otro. Buena parte del libro IV tiene como objetivo plantear que, aunque su máximo ídolo sea Cicerón, él puede tomar distancia de sus palabras y utilizar solo lo que le parece adecuado. Las extensas citas del *De natura deorum*, de las que por otra parte pide disculpas, demuestran que Cicerón podía hablar como un apóstol (*non quasi philosophum loquentem, sed apostolum*), pero que no es posible ubicarlo como un autor cristiano. En este caso, hace una aclaración metodológica que despeja cualquier duda sobre sus objetivos. Cita un pasaje de las *Tusculanas* (*Tusc*, V, 10, 31), en el que Cicerón plantea que algunas de las afirmaciones de Epicuro pueden ser verdaderas si se las toma aisladamente, pero si se las relaciona con el resto de su pensamiento revelarán su falsedad. Es por este motivo que las obras de los filósofos deben ser juzgadas teniendo en cuenta toda la obra y no solamente unas frases sueltas: “Los filósofos no deben ser juzgados por afirmaciones aisladas, sino por la coherencia y consistencia de su pensamiento” (Petrarca, 2008, 288).⁶ Entonces, así como no es posible integrar la totalidad de la obra de Cicerón al Cristianismo, tampoco puede hacerse con la obra de Aristóteles. El método de la Escolástica favorece la decadencia, porque al estar concentrados en la interpretación e intento de asimilación de la obra de un solo autor, se han descuidado las de todos los demás. La oposición entre estos dos modelos de saber se hace patente cuando Petrarca afirma que tiene en su biblioteca cerca de dieciséis libros de Platón en griego,⁷

⁵ Quanta vero sit multitudo—aliena dicam exponentium, an aliena vastantium?—hac presertim tempestate, Sententiarum liber, ante alios, mille tales passus opifices, clara, si loqui possit, et querula voce testabitur.

⁶ nam philosophos non ex singulis vocibus spectandos, sed ex perpetuitate atque constantia

⁷ Algunos estudios consideran que se trata del Par. Grec. 1807. Petrarca hace referencia a ese volumen en la *Fam*, XVIII, 2, en la *Var*, 25 a Boccaccio, y el mismo Boccaccio refiere a este volumen en las *Esposizioni sopra la Comedia di Dante*. Ver Saffrey (2007, 16-24).

cuyos títulos no parecen haber sido oídos por nadie. Aunque no pudiera leerlos porque desconocía la lengua, Petrarca pretende demostrar que aunque su conocimiento es limitado el de sus contrincantes es aún más frágil ¿Cómo pueden hacer afirmaciones sobre cualquier tema si han leído tan pocos textos? Si en una época de ignorancia hay tanto todavía por investigar y tantos textos perdidos ¿a qué tipo de verdad se puede aspirar? Desde ese punto de vista, la obra de Aristóteles es solamente una obra más, no más importante que otras. Ahora bien, estas declaraciones podrían ser leídas simplemente como el privilegio de la autoridad de Platón (y Cicerón) por sobre la de Aristóteles. Pero Petrarca pretende que no se lo lea de esa manera, sino que incluye esa oposición dentro de una dicotomía más amplia entre modos de leer y métodos diferentes, uno cerrado y dogmático y otro abierto a las nuevas lecturas que, aunque inspirado en el escepticismo académico de Cicerón, pretende no seguir ningún tipo de autoridad. Desde su punto de vista, tomar aquello que acuerda con el Cristianismo y desechar lo que no coincide, es realizar una lectura libre, mientras que intentar acordar aquellas cosas que no coinciden es la operación básica de una lectura dogmática, porque no evalúa como posibilidad que Aristóteles se haya equivocado.

Conclusión

Thomas Greene (1982) plantea que durante el Renacimiento se utilizaron cuatro formas de *imitatio*: una en la que el subtexto clásico es un modelo inmóvil, que llama reproductiva y que ejemplifica con el *Africa*, una segunda que llama ecléctica y que está más vinculada a las alusiones poéticas, una tercera que denomina heurística y que ya implica una toma de distancia con el modelo, ejemplificada a través de las cartas de Petrarca del último libro de sus *Familiares* a Tito Livio, Homero, Cicerón, etc, y una cuarta, la dialéctica, que produce una fuerte tensión entre el modelo y su imitación. Ejemplos de este último procedimiento son el *Secretum* de Petrarca y el *Elogio de la locura* de Erasmo.

Esa terminología puede resultar muy útil para comprender las diferencias entre los textos analizados. Como texto programático, la *Collatio* establece la forma que debe tener la *imitatio* reproductiva. El acto de repetir la supuesta coronación de Estacio en el capitolio y de construir un escenario respecto de las fechas conduce a una relación con los antiguos que sigue la forma del arquetipo. De acuerdo con esa vinculación, el tiempo que transcurre entre Estacio y Petrarca es necesariamente un tiempo vacío, que se define solamente por la

ausencia de coronaciones y por lo tanto de poesía. La concepción espacio-temporal que se construye en el pasaje de los *Mem* no sigue la misma forma, sino que puede inscribirse en algunas de los últimos tipos de *imitatio* que describe Greene, ya sea la heurística o la dialéctica. La aparición digresiva del pasaje que irrumpe en un texto de carácter enciclopédico daría cuenta de que la imitación que Petrarca pretende hacer de Valerio Máximo es imposible ya que no cuenta con la cantidad de información adecuada. En la invectiva, Petrarca desarrolla ampliamente una de las razones de esa carencia, que él adjudica a la limitación dogmática de la Escolástica.

Ese desencuentro con el modelo a imitar provoca una distancia que lo lleva a afirmar que se encuentra en un límite. La ambivalencia entre estas formas de percibir la relación con los antiguos se traduce en distintas formas de verse a sí mismo en relación con su propio tiempo: como héroe y promotor de una renovación que lleva mil doscientos años esperando, y como víctima de una época que se resiste a esos cambios.

Referencias bibliográficas

- Baura García, E. (2013). De la «media tempestas» al «medium aevum». La aparición de los diferentes nombres de la Edad Media, *Estudios Medievales Hispánicos*, 2, 27-46
- Dotti, U. (2004). *Vita di Petrarca*. Roma-Bari: Laterza
- (2001). *Petrarca civile*. Roma: Donzelli
- Edelman, N. (1938). The early uses of *Medium Aevum*, *Moyen Age, Middle Ages, Romanic Review*, 29, 3-25
- Fenzi, E. (2011) Servio, Simone Martini, Petrarca: un percorso attraverso il Virgilio Ambrosiano, en Bouquet, M. (ed.) *Méniel, Bruno; Servius et sa réception de l'Antiquité à la Renaissance*, Presses universitaires de Rennes
- Ferguson, W. (2006). *The Renaissance in historical thought: five centuries of interpretation*. Toronto, Buffalo: University of Toronto Press
- Garin, E. (1984). *La Revolución cultural del Renacimiento*. Barcelona: Crítica
- (1994a). *L'umanesimo italiano: filosofia e vita civile nel Rinascimento*. Bari: Ed. Laterza
- (1994b). *I ritorni del filosofi antichi. Ristampa accresciuta del saggio Gli umanisti e la scienza*. Nápoles: Bibliopolis
- Greene, T. (1982). *The light in Troy: imitation and discovery in Renaissance Poetry*. New Haven, Conn: Yale University Press
- Heers, J. (1995). *La invencion de la Edad Media*. Barcelona: Crítica
- Kristeller, P. O. (1952). Petrarch's "averroists": a note on the history of aristotelianism in Venice, Padua, and Bologna. *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, 14 (1), 59-65
- Le Goff, J. (2016) *¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

- Looney, D. (2012). The beginnings of humanistic Oratory, Petrarch's Coronation Oration, *Collatio laureationis*, en Kirkham, V. y Maggi, A. (eds.) *Petrarch: a critical guide to the complete works*. Chicago: University of Chicago Press
- McLaughlin, M. L. (1988). Humanist concepts of Renaissance and Middle Ages in the Tre- and Quattrocento, *Renaissance Studies*, 2 (2), 131-142
- Mommsen, T. (1942). Petrarch's conception of the 'Dark ages'. *Speculum, Journal of mediaeval studies*, 17, 226-242
- Nolhac, P. (1907). *Petrarque et l'humanisme*. Paris: H. Champion
- Petrarca, F. (2008). *Invectives*. Cambridge, Mass: Harvard University Press
- (2012). *La Collatio Laureationis. Manifesto dell'Umanesimo Europeo*. Maggi, G.C. (ed.) Milán: La vita felice.
- (2014). *Rerum memorandarum libri*. Petoletti, M.(ed.) Florencia: Le Lettere
- Saffrey, H. (2007). Retour sur le Parisinus Graecus 1807, le manuscript A de Platon, en D'Ancona, C. (ed.) *The libraries of the Neoplatonists*. Leiden: Brill
- Vasoli, C. (2007). *La dialettica e la retorica dell'Umanesimo: invenzione e metodo nella cultura del XV e XVI secolo*. Napoli: La città del sole; Istituto italiano per gli studi filosofici
- Wilkins, E. (1943). The coronation of Petrarch. *Speculum*, 18 (2) 155-197